

El socialismo no cae del cielo

MICHAEL A. LEBOWITZ :: 05/10/2010

El socialismo no es una sociedad estatista, donde las decisiones se imponen desde arriba y donde toda iniciativa es potestad de los funcionarios del gobierno

Algunas personas piensan que es posible cambiar el mundo sin tomar el poder. Según ellos, ni siquiera se debería pensar en utilizar el Estado porque, como John Holloway dice: "luchar a través del Estado es involucrarse en el proceso activo de vencerse a sí mismo." Según esas personas, el estado por definición no puede desafiar al capitalismo dado que es una parte fundamental del capital; a propósito de ello Holloway escribe: "el Estado (cualquier Estado) debe agotar las posibilidades para poder proveer condiciones al beneficio de la rentabilidad del capital."

Un pensamiento como este no resulta nuevo. Pero, ha surgido de nuevo en ciertos lugares (situados mayormente en América Latina) porque se refleja una época de desilusión y desesperanza. Desilusión y desesperanza que están dadas por causa del fracaso de la sociedad dominada por el Estado en la unión soviética y sus aliados ante la promesa de crear un nuevo mundo; y desilusión y desesperanza por causa de la tragedia de la democracia social, lo cual, a través de su rendición a la lógica del capital ha demostrado que ofrece barbarismo con una cara humana.

Sin embargo, la insistencia de Holloway que dice que tenemos que "negar la idea que una sociedad puede ser cambiada por ganar control del Estado" ha sido desmentida a través de dos ejemplos muy claros. En principio, ha sido desmentida concretamente y de manera muy dramática y emocionante por la Revolución Bolivariana en Venezuela. ¿Es posible imaginar los cambios aquí sin el poder del Estado?

Y, por otro lado, la idea también ha sido desmentida teóricamente por el entendimiento de sistemas económicos, en general, y condiciones para el desarrollo del socialismo, en particular, asociado con el pensamiento de Carlos Marx. Para éste, fue evidente que los trabajadores necesitaban el poder del Estado para poder crear las condiciones para que una sociedad pueda acabar con la explotación capitalista. De la misma manera, negó escribir modelos detallados o "recetas" para la sociedad del futuro —"imágenes fantásticas y planes para una nueva sociedad" que los oponentes utópicos del capitalismo sí ofrecieron—.

Hay una explicación crítica para esto: el socialismo no cae del cielo.

EL SOCIALISMO COMO PROCESO

Ningún nuevo sistema económico cae del cielo. En vez de caer del cielo o nacer original y rebosante de concepciones de intelectuales, nuevas fuerzas productivas y relaciones de producción nacen dentro y en oposición a la sociedad ya establecida.

Una nueva sociedad nace, necesariamente, de forma defectuosa. Inicialmente se estructura en base a elementos de la antigua sociedad. Marx enfatizó que la sociedad socialista que

nace del capitalismo está, de manera indefectible, "económicamente, moralmente e intelectualmente marcado por la vieja sociedad" En el fondo de la concepción dialéctica de Marx se encuentra el reconocimiento que dicta que una nueva sociedad, necesariamente, nace de forma defectuosa y que se desarrolla en pro de transformar sus antecedentes históricos, en pro de trascender a sus defectos. Es sólo entonces, —cuando la nueva sociedad logra reposar sobre sus propias bases, cuando se construye a partir de premisas que desarrolla ella misma— que podemos apreciar el potencial que estaba presente en ella desde el principio. Marx era de la idea de un proceso en el cual luchamos para liberarnos a nosotros mismos de la carga de la antigua sociedad.

¿Cuál fue exactamente el defecto que identificó Marx? No tenía que ver con que las fuerzas productivas estuviesen poco desarrolladas. El defecto particular del que habló fue el de la naturaleza de los seres humanos, originada ésta en la antigua sociedad con las antiguas ideas: una sociedad en la cual todos se consideran con derecho a recuperar aquello con lo que contribuyen, y que está marcada por una multitud de transacciones de intercambio; una sociedad en la cual todos calculan en función de su propio interés y se sienten engañados si no reciben su equivalente. Esto —Marx fue muy claro— es una herencia de la vieja sociedad, una actitud que demuestra claramente que todavía no concebimos la sociedad como una familia humana, en la cual la liberación de todos es la condición para la liberación de cada uno de nosotros.

Sin embargo, éste no sería el único defecto presente al surgir ese nuevo concepto vivencial. La sociedad está intelectual, económica y socialmente infectada: las tradiciones históricas del patriarcado, el racismo, la discriminación y las significativas desigualdades en la educación, la salud y la calidad de vida están entre los elementos que la nueva sociedad estaría en peligro de heredar y, por ello, en vez de aceptar estas barreras que obstaculizan el desarrollo humano, deberían ser confrontadas a través de un proceso que las reconozca como defectos.

Cuando uno reconoce que el socialismo es un proceso, se puede entender que la solución a la existencia de contaminantes como auto-orientación, racismo y patriarcado no está en crear instituciones que acepten dichos defectos. Una de las más destacadas características de la mayoría de las tentativas de crear socialismo en el siglo XX fue la conclusión que dice que la gente es considerada intrínsecamente egocéntrica, y que lo más importante es darle los incentivos económicos necesarios para estimularla a trabajar. Es así como se hacen claves los esquemas de bonos, repartición de ganancias, variadas formas de incentivos económicos; la lógica básica es que el desarrollo de fuerzas productivas tendrá un efecto de "goteo" y así, gradualmente, surgirá el nuevo pueblo.

Sin embargo, el impacto es el opuesto. Cuando se intenta crear una nueva sociedad construyéndola a partir de los defectos heredados de la vieja sociedad, se refuerzan los elementos de la vieja sociedad que son inherentes a la nueva sociedad desde su versión inicial. Cuando se fomenta el egoísmo, se refuerza la tendencia de las personas a comportarse de acuerdo a sus intereses personales sin considerar los intereses de los demás, se refuerza y profundiza la división entre los individuos, grupos, regiones y naciones, la desigualdad pasa a ser vista como algo normal. Cuando se legitima la idea de que obtener más para uno mismo es del interés de todos, se crean las condiciones propicias para el

retorno a la vieja sociedad.

¿Cómo es posible construir una nueva sociedad basada en el principio del interés personal? ¿Cómo producir sobre esta base personas para las que la unidad basada en el reconocimiento de sus diferencias sea su segunda naturaleza? Obviamente no podemos ignorar la naturaleza de las personas que surgen de la vieja sociedad. Precisamente porque Marx entendía que los sujetos de cada proceso son seres humanos específicos, reconoció que no se puede crear de inmediato una sociedad basada en el principio de distribución de "cada uno de acuerdo a sus necesidades". Colocar a los viejos sujetos en esa nueva estructura causaría inevitablemente un desastre. Él entendió que no podemos ir directamente al sistema de justicia e igualdad apropiado para una sociedad verdaderamente humana, para la familia humana. Sin embargo, Marx definitivamente estaba lejos de argumentar que el camino para la creación de una nueva sociedad era construir desde los defectos que, necesariamente, contiene cuando surge inicialmente.

Más aún, el proceso socialista es un proceso tanto de destrucción como de construcción: un proceso de destrucción de los elementos de la vieja sociedad que todavía permanecen (incluyendo el soporte para la lógica del capital) y un proceso de construcción de los nuevos seres humanos socialistas.

SERES HUMANOS Y SOCIALISMO

En el siglo 20 nadie articuló mejor que el Che Guevara la importancia de desarrollar nuevos seres humanos socialistas. Dijo: "realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etc.) se puede llegar a un callejón sin salida," y el impacto es minar el desarrollo de la conciencia. El Che enfatizó que para construir el socialismo simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo. Hay que estar claro en el objetivo. Si no sabes a dónde quieres ir, entonces ningún camino te llevará allí. El mundo que los socialistas siempre han querido construir es aquel en el cual cada persona se relacione con las demás como partes de una gran familia; una sociedad en la que seamos capaces de reconocer que el bienestar de los demás nos beneficia a todos: un mundo de amor y solidaridad humana donde, en vez de clases y antagonismos clasistas, tengamos "una asociación, en la cual el libre desarrollo de cada uno sea la condición para el libre desarrollo de todos".

El mundo que queremos construir es una sociedad de productores asociados en donde cada individuo pueda desarrollar plenamente sus potencialidades: un mundo que, desde el punto de vista de Marx, permita "el desarrollo absoluto de su potencial creativo," el "total desarrollo del contenido humano," el "desarrollo de todos los poderes humanos como un fin en sí mismo". Los seres humanos fragmentados y parcelados que el capitalismo produce serían reemplazados por seres humanos completamente desarrollados, "el individuo completamente desarrollado para el cual las distintas funciones sociales no son sino diferentes modos de actividad de las que se ocupará sucesivamente."

Pero, esas personas no caen del cielo; hay sólo un camino para engendrarlas, a través de su propia actividad. Sólo ejercitando las capacidades mentales y físicas que abordan todos los aspectos de su vida desarrollarán dichas capacidades; producirán dentro de ellos

capacidades específicas que les permitirán llevar a cabo nuevas actividades. El cambio simultáneo de las circunstancias y de sí mismo (o lo que Marx llamó "la práctica revolucionaria") radica en cómo construimos la nueva sociedad y los nuevos seres humanos.

Obviamente, la naturaleza de nuestras instituciones y relaciones debe suministrarnos el espacio para dicho auto-desarrollo. Sin democracia en la producción, por ejemplo, no podemos construir ni una nueva sociedad, ni personas nuevas. Cuando los trabajadores se comprometen con la autogestión, combinan la concepción del trabajo con su ejecución. Entonces, no sólo se pueden desarrollar las potencialidades intelectuales de todos los productores asociados, sino que la "sabiduría tácita" que tienen los trabajadores sobre mejores formas de trabajar y producir también puede convertirse en una sabiduría social de la cual todos podremos vernos beneficiados. La producción democrática, participativa y protagónica permite ambas cosas: aprovechar nuestros recursos humanos ocultos y desarrollar nuestras capacidades. Pero, sin esa combinación de cabeza y mano, las personas permanecen como aquellos seres humanos fragmentados y parcelados que produce el capitalismo: la división entre los que piensan y los que hacen se mantiene como el modelo que Marx describió en el cual "el desarrollo de las capacidades humanas de unos, está basada en la restricción del desarrollo de las capacidades de otros". La democracia en la producción es una condición necesaria para el libre desarrollo de todos.

Pero ¿qué es la producción? No es algo que ocurre sólo en la fábrica o en lo que tradicionalmente identificamos como el lugar de trabajo. Cada actividad que tiene por objetivo proporcionar aportes para el desarrollo de los seres humanos (especialmente aquella que nutre directamente el desarrollo humano) tiene que ser reconocida como producción. Más aún, las concepciones que guían la producción deben ser en sí mismas producidas. Las metas que guían la producción son características distintivas de las diferentes sociedades. En el capitalismo, las metas que la guían son las de la ganancia individual de los capitalistas. En una sociedad de productores asociados, las metas específicas están relacionadas con el autodesarrollo de las personas que viven en dicha sociedad. Sólo a través de un proceso en el que las personas están involucradas en todos los niveles en la toma de las decisiones que las afectan (es decir, su vecindario, comunidad y la sociedad como un todo), las metas que guían la producción pueden ser las mismas metas del pueblo. A través de su participación en esta toma de decisiones democrática, la gente transforma tanto sus circunstancias como a sí misma: se auto-produce como sujeto en la nueva sociedad.

Dicha combinación de desarrollo democrático de las metas y de ejecución democrática de las mismas es esencial porque, a través de ella, los individuos pueden entender las conexiones entre sus actividades y entre ellos mismos. La transparencia es la regla en la sociedad de productores asociados: siempre queda claro quien decidió lo que había que hacer y cómo debía hacerse. Con la transparencia se fortalece la base de la solidaridad. La comprensión de nuestra interdependencia facilita la visualización de los intereses comunes, una unidad basada en el reconocimiento de nuestras diferentes necesidades y capacidades. Vemos que nuestra productividad es el resultado de la combinación de nuestras distintas capacidades y que nuestra unión, y el control comunitario de los medios de producción nos convierten a todos en beneficiarios de esfuerzos comunes.

Esas son las condiciones en las cuales todos los frutos de la cooperación se dan de forma abundante y podemos centrarnos en lo que es realmente importante: la creación de las condiciones en las cuales el desarrollo de todos los poderes humanos sea un fin en sí mismo.

En el mundo que queremos construir todas estas características y relaciones coexisten simultáneamente y se apoyan entre sí. La toma de decisiones democráticas en el lugar de trabajo (en vez de la dirección y la supervisión capitalista); la dirección democrática de las metas de la actividad por parte de la comunidad (en lugar de la dirección capitalista); la producción con el propósito de satisfacer las necesidades (en lugar del propósito de la ganancia privada); la propiedad común de los medios de producción (en lugar de la propiedad privada o de un grupo); una forma de gobierno democrática, participativa y protagónica (en vez de un Estado todopoderoso y por encima de la sociedad); la solidaridad basada en el reconocimiento de nuestra común humanidad (en vez de la orientación hacia el interés personal); el enfoque hacia el desarrollo del potencial humano (en vez de hacia la producción de bienes). Todos estos rasgos son parte de un nuevo sistema orgánico: la verdadera sociedad humana.

Pero, ¿cómo se construye este mundo?

EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN SOCIALISTA

El Socialismo no cae del cielo. Es necesariamente basado en sociedades particulares. Y por eso nos equivocamos si dependemos de modelos universales (piensen en cuántas críticas sobre la izquierda de la Revolución Bolivariana tienen raíces en el hecho de que es diferente a la Unión Soviética). Cada sociedad tiene características únicas: su propia historia, sus tradiciones (incluyendo las religiosas e indígenas), sus mitos, sus héroes, aquellos que han luchado por un mundo mejor, y las capacidades individuales que las personas han desarrollado en el proceso de lucha. Ya que estamos hablando de un proceso de desarrollo humano y no de recetas abstractas, entendemos que actuamos de forma más segura cuando elegimos nuestro propio camino, aquel que el pueblo reconoce como el suyo (en vez de la débil imitación de un camino seguido por otro).

Así mismo, todos empezamos el proceso de construcción socialista desde distintos lugares con respecto al nivel de desarrollo económico —y eso determina claramente qué cantidad de nuestra actividad inicial (si dependemos de nuestros propios recursos) deberá ser consagrada al futuro—. Asimismo, cuán diferentes son las sociedades dependiendo de la fuerza de sus clases capitalistas y oligárquicas domésticas, el grado de dominación por parte de las fuerzas del capitalismo global, y la magnitud de su capacidad de aprovechar el apoyo de otras sociedades que ya se encuentran en la senda del socialismo.

Además, los personajes históricos que nos inician en el camino pueden ser muy diferentes en cada caso. Por aquí una clase obrera, en su mayoría altamente organizada (como la de los libros de recetas de los siglos anteriores); por allá un ejército campesino; un partido de vanguardia, un bloque de liberación nacional (electoral o armado), rebeldes del ejército, una alianza en contra de la pobreza. Existen infinitas y variadas realidades, y pueden surgir aún más. Seríamos muy pedantes y poco inteligentes si insistiéramos en que hay sólo un camino para iniciar la revolución social.

Para reunir realmente todos los elementos de la nueva sociedad, se requiere dar un paso esencial; un paso que es común, cualquiera sea el camino elegido, y consiste en lograr el control y la transformación del Estado. Sin la eliminación del control capitalista del poder del Estado, toda amenaza real al capital puede ser neutralizada. El Estado capitalista es un soporte esencial para la reproducción de las relaciones sociales capitalistas; y el ejército, la policía, el sistema jurídico y los recursos económicos del Estado pueden ser movilizadas para sofocar cualquier incursión que amenace su expansión. El capital siempre utiliza el poder del Estado cuando enfrenta una amenaza.

Por el contrario, un Estado que pretende servir de comadrona de la nueva sociedad, puede tanto restringir las condiciones para la reproducción de capital como abrir las puertas a los elementos de la nueva sociedad. Ganar "la batalla de la democracia" y usar "la supremacía política para arrebatarse, gradualmente, todo el capital a la burguesía" sigue siendo tan fundamental ahora como lo era cuando Marx y Engels escribieron El Manifiesto Comunista. El Estado de los trabajadores representa un arma esencial en la lucha contra el capital, tanto para garantizar que los medios de producción estén bajo el control de los productores asociados y sean gobernados cada vez más según su lógica, como para utilizar los mecanismos estatales para encauzar los recursos, lejos del alcance de la vieja tendencia y hacia la nueva tendencia.

Sin embargo, como Marx bien sabía, este proceso requiere una clase especial de Estado y no su forma heredada, aquel Estado todopoderoso y por encima de la sociedad que no es sino la "fuerza pública organizada para la esclavitud social". El Estado mismo tiene que ser transformado en un instrumento que esté subordinado a la sociedad, en el "autogobierno de los productores". Si no se crea un poder desde abajo, más que el autodesarrollo —que es la esencia de la sociedad de los productores asociados—, la tendencia será a que surja una clase por encima de nosotros: una clase que identifique el progreso con la capacidad de controlar y dirigir desde arriba.

Marx insistió en que la clase obrera no podría usar "la máquina del Estado tal como está para sus propios fines" él lo sabía porque aprendió de la historia. Particularmente, aprendió que los trabajadores que participaron en la Comuna de París habían espontáneamente descubierto la forma necesaria del Estado de los trabajadores, un Estado democrático y descentralizado que fuera manejado desde abajo. "Toda Francia", Marx comentaba, habría sido organizada en comunas auto-administradas y autogobernadas. Marx respondió a las dudas de Bakunin sobre el Estado obrero: todos los miembros de la sociedad serían realmente miembros del gobierno porque la cosa empieza con la autoadministración de cada distrito.

LA PRÁCTICA REVOLUCIONARIA

Para muchos socialistas del siglo XIX, el camino hacia la realización de la nueva sociedad fue extraer seres humanos del capitalismo y demostrar que una alternativa no capitalista fue superior socialmente y económicamente; y muchos de ellos esperaban que o el Estado o filántropos proveyeran los fondos para los nuevos proyectos. Para Marx, dichas propuestas reflejaban una época en que los horrores del capitalismo eran claros pero no suficientes para trascender el capital.

Marx no negó las metas de los utópicos. Más bien, él planteaba que "sólo los medios son diferentes y las condiciones reales del movimiento ya no están ocultas en cuentos utópicos." ¿De cuál otro medio Marx hablaba? "La organización militante de la clase obrera."

Observa lo que los trabajadores están haciendo, decía Marx. A través de sus propias luchas para dar respuesta a sus necesidades ellos revelan que la batalla por una nueva sociedad se conduce luchando dentro del capitalismo, en vez de buscar la solución fuera de él. En esas luchas, los trabajadores reconocen sus intereses comunes, llegan a comprender la necesidad de unirse contra el capital. No es, sin embargo, simplemente la formación de un bloque opuesto al capital lo que emerge de esas luchas. Marx insistentemente señalaba que el proceso mismo de lucha producía gente transformada: luchando por sus necesidades [las personas] "adquieren una nueva necesidad —la necesidad de la sociedad— y lo que aparecía como un medio se transforma en un fin". Se transforman a sí mismas en sujetos capaces de cambiar su mundo.

Esto es lo que Marx identificó como una práctica revolucionaria: "la coincidencia del cambio, las circunstancias y la transformación de la actividad humana o autotransformación". El mensaje de Marx a los trabajadores en un determinado momento fue que deberían pasar años de lucha "no sólo para lograr un cambio en la sociedad, sino también para su autotransformación". Más de veinte años después, escribió nuevamente que los trabajadores sabían que deberían pasar por largas luchas, y una serie de procesos históricos, transformando las circunstancias y los hombres". En resumen, los medios para lograr esa nueva sociedad son [concebidos por Marx como] inseparables del proceso de lucha para lograrla: sólo echando a andar las personas podrían sacudirse de "todo el estiércol del pasado."

Por esta razón, Marx sostenía que el socialismo nunca podía ser entregado a la gente desde arriba, debía ser el fruto del propio trabajo de la clase trabajadora.

Es aquí donde el Estado juega un papel clave. No podemos hablar del auto-desarrollo de las personas en una estructura en donde los seres humanos son el medio para el crecimiento del capital, donde las personas son explotadas y excluidas porque lo único que importa es la ganancia, donde el poder del capital para invertir o no invertir sea su forma de chantajear a cualquier sociedad que desafíe la lógica del capital.

Por eso la Comuna de París fue tan importante para Marx. Una vez que entendemos que las personas se realizan a través de sus propias actividades, sigue que sólo donde el Estado funciona como mediador para (y poder sobre) que los trabajadores cambien hacia el autogobierno de los productores, hay un proceso continuo por lo cual los trabajadores pueden cambiar ambas circunstancias y ellos mismos.

A través de una revolución democrática, la práctica revolucionaria puede promover el autodesarrollo del pueblo en todas las esferas de la vida y asegurar las condiciones para el crecimiento de sus capacidades. Juzgamos el progreso en el camino de la construcción socialista por el incremento en la capacidad de la auto-gestión de los trabajadores, la capacidad de las personas para auto-gobernarse en forma democrática, participativa y protagónica en sus comunidades y, en la sociedad en su totalidad, debido al desarrollo de la verdadera solidaridad entre las personas.

Cuando entendemos que la meta de este proceso es lograr que se conforme una sociedad que permita un mejor desarrollo del potencial humano, hay una simple pregunta que puede ser planteada ante cualquier esfuerzo (sin importar sus diferentes historias y situaciones): ¿Están siendo creadas las nuevas relaciones productivas? El mejor indicativo que tenemos para saber si vamos hacia donde queremos ir es si los pasos que estamos dando refuerzan o debilitan la nueva relación de productores asociados. La base fundamental para lograr la nueva sociedad está en el desarrollo de la autoconfianza y de la unidad dentro de la clase obrera, su autodesarrollo. Sin eso, estaremos construyendo castillos en el aire.

CONSTRUYENDO EL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

De la misma manera que Marx estaba dispuesto a cambiar sus opiniones a la luz de la Comuna de París, nosotros tenemos que pensar en el socialismo de hoy en día, a la luz de las experiencias del siglo XX.

Pero el socialismo tampoco es una sociedad estatista, donde las decisiones se imponen desde arriba y donde toda iniciativa es potestad de los funcionarios del gobierno o de los cuadros de vanguardias que se auto-reproducen.

Precisamente porque el socialismo se centra en el desarrollo humano, enfatiza en la necesidad de una sociedad democrática, participativa y protagónica. Una sociedad dominada por un Estado todo poderoso no genera seres humanos aptos para instaurar el socialismo.

Por la misma razón, el socialismo no es populismo. Un Estado que provee los recursos y las soluciones a todos los problemas de la gente no fomenta el desarrollo de las capacidades humanas, al contrario, estimula a la gente a tener una actitud pasiva de esperar del Estado y de los líderes que prometen dar siempre respuesta a todos sus problemas.

Además, el socialismo tampoco es totalitarismo. Precisamente porque los seres humanos son diferentes y tienen diferentes necesidades y habilidades, su desarrollo por definición requiere del reconocimiento y respeto de las diferencias. Las presiones del Estado o las de la comunidad para homogeneizar las actividades productivas, las alternativas de consumo o estilos de vida, no pueden ser la base para que surja lo que Marx reconocía como la unidad basada en el reconocimiento de las diferencias.

También tenemos que reconocer que el socialismo no trata de mantener un culto por la tecnología, esta fue una enfermedad que representó un flagelo para el marxismo, en la Unión Soviética se manifestó como minas y fábricas inmensas, que supuestamente capturaban los beneficios de la economía de escala. Tenemos que reconocer que las empresas pequeñas permiten más control democrático desde abajo (desarrollando así las capacidades de los productores) logrando una preservación más adecuada del ambiente que realmente será funcional a la hora de atender las necesidades del pueblo.

Podemos aprender de las experiencias aleccionadoras del siglo XX. Ahora sabemos que el deseo de desarrollar una sociedad que sirva al pueblo no es suficiente —hay que estar dispuesto acabar con la lógica para realizar un mundo mejor—. Y sabemos no se puede hacer socialismo desde arriba, a través de los esfuerzos y enseñanzas de una vanguardia

que toma todas las iniciativas y desconfía del auto-desarrollo de las masas. Rosa Luxemburgo sabiamente enfatizó: "la clase obrera exige el derecho de cometer sus propios errores y aprender del dialecto de la historia." Cuando empezamos con la meta de una sociedad que puede desatar el potencial de seres humanos y que reconoce que la senda a esta meta es inseparable del auto-desarrollo del pueblo, podemos construir una sociedad verdaderamente humana. Aquellos que se encuentran aquí para discutir formas de defender a la humanidad del barbarismo que actualmente enfrenta parten de ciertos valores.

Estos son valores plasmados en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela: en la meta descrita en el artículo 299. Se trata de "asegurar un completo desarrollo humano"; en la declaración del Artículo 20 que afirma que "todos y todas tienen el derecho al libre desarrollo de su personalidad", y en el enfoque del Artículo 102 sobre la necesidad de "desarrollar el potencial creativo de cada ser humano y el ejercicio pleno de su personalidad en una sociedad democrática".

Esta Constitución es también totalmente específica en cuanto a cómo sucede este desarrollo: a través de la participación. Tal como lo enfatizó Marx: "la actividad humana es la vía a través de la cual las personas transforman tanto las circunstancias como a ellos mismos". La Constitución Bolivariana, en su Artículo 62, declara que la participación del pueblo es "la forma necesaria para alcanzar la participación y asegurar su completo desarrollo, tanto individual como colectivo". El desarrollo humano, en pocas palabras, no cae del cielo, es el resultado de un proceso, de muchos procesos en los cuales el pueblo se transforma. Es el producto de una sociedad "democrática, participativa, y protagónica".

A través de formas sociales, como lo señala el Artículo 70, como por ejemplo "la autogestión, cooperativas de todas formas, a través de planificación democrática, presupuestos participativos en todos niveles de la sociedad, el pueblo desarrolla sus capacidades y habilidades." Y en las garantías del Artículo 135 que dice que "en virtud de la solidaridad y responsabilidad social y asistencia humanitaria, correspondan a los particulares según su capacidad"; los elementos del socialismo del siglo xxi están plasmados en su forma ideal.

Ahora, el desafío es hacerlos realidad.

correntroig.org

https://www.lahaine.org/est_espanol.php/el-socialismo-no-cae-del-cielo